



Para llorar

Rafael Pérez Gay

El sol empezaba a calentar la mañana en que Javier Espitia se acercó al portón y dio dos aldabonazos urgentes.

—Buenos días, ¿qué se le ofrece? —le dijo el Hombre Gordo que abrió la puerta.

—Vengo a llorar —dijo Espitia con los ojos llenos de lágrimas.

—¿No me diga? ¿Y quiere que yo le crea tamaña mentira?

El Gordo sacó el pecho como si fuera a tomar aire esa mañana tibia de abril en que el tiempo se suavizó fugaz e inmerecido.

—De vera, vengo a llorar —repitió Espitia.

—Si se le murió alguien, olvídalo.

—Nadie querido se me murió.

—Si lo dejó su mujer, menos.

—Nunca me ha dejado una mujer.

—Entonces perdió el trabajo, mejor váyase.

—Nunca me han corrido de un empleo.

—Le advierto una cosa: aquí se viene a llorar, a llorar a mares. La pasan muy mal los que fingen. No aceptamos lagrimitas de cocodrilo.

—No lo voy a hacer quedar mal, se lo aseguro.

—Tendríamos que hacerle algunas pruebas —le dijo el Hombre Gordo con la cara de quien está a punto de descubrir a un impostor. Tenía los ojos hinchados y la nariz roja.

Lo hizo pasar por un corredor de arcos coloniales. Al fondo se veía la fuente de un patio central al que desembocaban, por la parte superior, habitaciones de techos altos y puertas de cristales opacos. En los corredores interiores caminaban algunos hombres como caminan los que están tristes, mirándose las puntas de los zapatos. Había mujeres sentadas en las bancas de un jardín lateral donde crecían geranios y los castaños daban una sombra fresca, apasible.

Espitia entró a la oficina de muebles antiguos, rodeada de libreros en madera labrada. Detrás de un escritorio un Hombre Maduro de aspecto limpio y agradable sorbía la sal de sus propias lágrimas. Se limpió la nariz con un kleenex rosa y le dijo, como si lo conociera de muchos años atrás:

—Muy bien Espitia, ¿y a qué debemos su visita?

—Vengo a llorar —le dijo con los ojos arrasados.

—Sólo voy a hacerle una advertencia, Espitia —le dijo el Hombre Madura mientras sacaba otro Kleenex—: no vamos a ayudarlo. No le vamos a decir que su papá no lo quería, ni que su madre era una mujer despreciable, ni que usted es un mediocre sin remedio. Nada. Usted va a llorar solito, sin ayuda de nadie. Pero antes dígame, ¿por qué quiere llorar?

—Es que me siento muy mal. La vida no tiene sentido, es un infierno —dijo Espitia convencido de la fuerza de sus argumentos.

—Eso es vulgar teoría, Espitia, por favor. Se llora porque se llora y punto. No confunda. Es posible que lo que usted necesite sea un psicoanálisis; ahí también se llora, y muchísimo; o bien, tres amigos y tres botellas de ron, o un perro que lo muerda. Pero en fin, adelante. Póngase cómodo en ese sillón. ¿Kleenex o pañuelo de tela?

—Pañuelo, por favor.

El Hombre Gordo le acercó un pañuelo nuevecito, blanquísimo. Espitia se sentó al borde del sillón y puso los codos sobre las rodillas y las manos en la cara, en la posición clásica del llorón. Empezó con gemiditos tímidos como si no quisiera que lo oyeran. Un minuto después, como si toda la tristeza del mundo le hubiera caído en la cabeza, empezó a jadear y a dar gritos ahogados, aullidos inhumanos que fueron tomando la fuerza del sollozo hasta llegar a la pataleta. Se bajó del sillón como si la altura le estorbara para escupir la desesperanza y se sentó en el suelo, en posición fetal. Siguió llorando así, como no lo hacía desde que tenía diez años y descubrió que el padre se moría del páncreas, un páncreas hinchado, inservible, muriéndose de tristeza y rabia por los negocios en quiebra absoluta.

El Hombre Madura lo rescató de la tristeza:

—No está mal, no está mal. Pero no quiera impresionarnos. Hemos tratado con llorones excepcionales, hombres y mujeres que lloran con maestría, gente que se ha pasado años en un hoyo melancólico perfeccionando el difícil arte de llorar. Hemos estado muy cerca de personas que lloran por cualquier cosa, verdaderas magdalenas al pie de la cruz.

Espitia se sonaba con el pañuelo y se limpiaba los ojos visiblemente hinchados. Aún se movía como si fuera en tren rumbo a Morelia y los durmientes lo hicieran saltar del asiento con un movimiento rítmico, preciso e imparable. El Hombre Maduro se enjugó las lágrimas y dijo.

—Necesitamos algunos datos para llenar su ficha de aspirante y abrir un expediente. ¿Con qué frecuencia llora usted?

—Muy seguido —Espitia se sorbía los mocos.

—Por favor Espitia, responda.

—Por lo menos tres veces a la semana.

—Y con ese récord de bateador de los Tomateros de Culiacán quiere usted quedarse con nosotros. ¡Ay Espitia!, creo que se ha equivocado. Los menos sobresalientes lloran una cuota diaria. ¿Desde cuándo llora?

—Bueno, de chico lloraba bastante, por los rincones de la casa.

Antes de que siguiera, el Hombre Gordo y Llorón le acercó la caja de Kleenex. Mientras, el hombre Maduro le preguntó su edad.

—Treinta y tres años —respondió Espitia.

—Ahí sí lleva usted ventaja, se lo confieso. Los treinta son el espacio predilecto de las lágrimas, caldo de cultivo inmejorable. Es un asunto biológico: acaba usted de entrar en la madurez y viene de dejar la juventud. Durante esos años se llora muchísimo y con una vehemencia admirable. A los que entran al reino de los treinta años todo los hace llorar, cualquier nadería. Treintones y treintonas sienten que tienen todo por delante, que están en el mejor momento de su vida y, como se sabe, eso es para llorar. En cambio a los cuarenta las lágrimas pierden su voluntad, aunque gana cierta sabiduría lacrimosa. Pero aún así, los cuarentones son lloroncitos de ocasión y, lo que es peor, utilizan siempre amigos, alcohol, analistas. Además olvidan demasiado pronto el motivo de sus lágrimas y acaban invariablemente diciendo que va en el tren de la vejez y que no han hecho nada en la vida. Por otra parte, a los veinte se llora sin saber, son llorones ciegos, por decir así. Además cuando lloran se abrazan, imagínese. Es un espectáculo bochornoso ver a los veinteañeros abrazaditos, mojándose los hombros y los pechos lacerados por dolores juveniles. Los de cincuenta, por su parte, cuando lloran sufren muchísimo, y es que saben que son náufragos del tiempo: no son jóvenes ni viejos y entonces lloran por las tardes; es natural, porque viven un estado anterior al de los viejos, que lloran de noche y a oscuras. Los viejos han aprendido que las lágrimas son la única verdad que hay en nosotros, por eso lloran en las noches por sus hijos y sus nietos, por el marido muerto o la esposa desaparecida. Ahora: a cualquier edad hay llorones tímidos y descarados; los hay, también, contenidos y explosivos, que no son la misma cosa que los anteriores; los últimos son peligros porque acostumbran romper cosas cuando sollozan. También sabemos que en caso de

nacimiento, muerte o separación, siempre hay lágrimas. Me gustaría saber qué clase de llorón es usted. Vuelva a llorar por favor.

Javier Espitia se quedó desconcertado, ya había llorado como no lo hacía desde que tenía diez años. No podía repetir el acto con la misma intensidad. El Hombre Gordo y Llorón le acercó una caja nueva de kleenex, pero él eligió el pañuelo arrugado y húmedo que tenía en las manos. El Hombre Maduro de aspecto limpio y agradable tuvo un gesto generoso.

—Vamos Espitia, llore, llore tranquilo, sin pena.

Javier Espitia se tiró a la alfombra color camello y empezó a golpear el piso con los puños y se puso a llorar porque la vida era una mierda. Siguió llorando, con verdadero desconsuelo, porque nadie lo entendía en el mundo, porque se sentía el hombre más solo del planeta, porque trabajaba como un burro de carga y no tenía suficiente dinero, por tanto delirio de esperanzas incumplidas, por tanta ilusión desvanecida, por tantos sueños despilfarrados. Lloró de amor y de rabia, lloró de treinta y tres años de soledad.

—Lo dicho —dijo el Hombre Maduro de Aspecto Agradable dirigiéndose al Hombre Gordo—. Un caso de Llorón Desvergonzado que lloriquea sin ninguna pena, si se puede decir. No está mal. Bien, Espitia, mañana será su presentación en público. El señor lo llevará a su curto. Puede usted entrar y salir si se le da la gana, esto no es una cárcel ni un centro de readaptación para nadie.

—¿Me puedo llevar algún libro? —preguntó Espitia, aún sin reponerse del quebranto, mientras de lejos revisaba los libreros.

—Usted qué dijo: me llevo unos libritos de trama desconsoladora, me pongo tristísimo y mañana lloro como si se hubiera muerto mi padre. ¿Con quien cree usted que está tratando? Usted pensó: me llevo Madame Bovary, leo el capítulo del suicidio, recuerdo además los días en que leía a Flaubert, cuando era un joven lleno de amores y entusiasmos y listo. O bien: busco en los estantes algo de Onetti, me loe “Bienvenido

Bob” o “Querida tan triste” y con la simple atmósfera de los años en que usted creía que la vida era eso, leer y escribir como Onetti, le da tal depresión que mañana nos da una llorada histórica. Pues no, Espitia: usted se va solito a su cuarto, sin libros, ni música, sin un solo poema. ¿O qué? ¿Quiere le demos “Algo sobre la Muerte del Mayor Sabines” para pasar la noche? ¿Nos cree tontos?

De regreso al pasillo de los arcos coloniales por donde entró Javier Espitia vio venir a una mujer joven, de unos treinta y seis años que lloraba con una tristeza infinita. Sin decir nada lo abrazó como si fuera su hermana. Lloraron juntos durante unos minutos con un dolor profundo, inexplicable. Más adelante, al subir las escaleras que llevaban a los cuartos, un hombre lo saludó de lejos mientras se secaba unos lagrimones de melodrama.

El cuarto era lo más parecido a una habitación de hotel colonia, perfecto para el descanso y la felicidad: muebles de la época, cama ancha, secretaire para escribir cartas, luz indirecta, cortinas gruesas de pliegues simétricos, baño con tina, televisión y radio empotrado en la pared.

Espitia se tiró a la cama vestido. Apagó la luz. Antes de dormirse recordó los días en que su madre lo llevaba a la escuela y cocinaba tortillas fritas en aceite hasta hacer tostadas cuando no había dinero en casa. Como una prolongación de esa rama de la memoria atrajo a la oscuridad del cuarto la tarde precisa en que su padre lo llevó a Chapultepec con la ilusión perfecta de una pelota de fútbol y le enseñó la magia del chanfle. Fue el mismo día en que estuvo seguro de que su papá era un gigante sabio, invencible, feliz y se sintió orgulloso de tener ése y no otro padre. No supo cómo llegó al puerto donde lo vio afligido otra vez por los malos negocios; una mañana llegaron los acreedores para llevarse la sala y el comedor y los floreros ante la mirada impávida y orgullosa de su mamá que los cuidaba con una fortaleza excepcional.

Espitia no pudo detener la máquina: vio a su hermano mayor irse a Europa con una maleta llena de ilusiones y libros y sueños de triunfo; vio a sus hermanas en una

esquina muertas de miedo, besando a un novio salido de alguna improbable certeza de los años sesenta; vio a las mujeres que quiso, a las que lo olvidaron, a las que abandonó.

Había llorado toda la noche, hasta que se oyeron afuera los primeros pasos y se hizo una luz entre los pliegues de las cortinas. Entonces se levantó de la cama, se puso los mocasines, se arregló el pelo, se arregló todo lo que tenía que arreglarse para salir del cuarto. Entró al baño, abrió la llave del agua fría como quien abre la puerta de una esperanza. Sintió el agua fría en la cara y se dijo frente al espejo:

—Estoy listo.